

CAPITULO X.

Una buena madre.

—¿Qué tienes, hijo mio? ¿qué tienes querido Leopoldo?

Decía una anciana acercándose cariñosa al jóven pintor que se encontraba en su estudio con la cabeza inclinada sobre el pecho, sentado junto á una mesa llena de bocetos y pinceles, y meditabundo.

—¡Nada, madre mia, nada!

Exclamó con melancólico acento el artista, besando con respeto y ternura la mano de aquella excelente mujer que mostraba en su semblante el interés mas intenso.

—¡Nada! ¡Dios lo quiera! Pero hace mu-

chos dias que no cojes tus pinceles.... que tienes abandonado el cuadro de *La adoracion de los Magos*, obra de tu predilecto modelo, Pablo Verones.

—¿Y cómo quiere vd. que mi mano se ocupe en trazar las bellezas de esa obra, cuando mi corazon está abatido, triste y sobresaltado? En vano hago esfuerzos inauditos para ocuparme de ese divino arte que há formado las delicias de mi vida, los ensueños de mi juventud. Entre el lienzo y mis pinceles se interpone constantemente la imágen hechicera y melancólica de la mujer que adoro, sonriendo tristemente como el ángel de la ausencia que viene á dar el triste adios de despedida.

—¿De despedida, Leopoldo?

—¡Sí.... madre mia! ¡Clotilde no puede vivir ya por mucho tiempo! ¡El fuego del amor contrariado, ha debilitado su existencia, que se evapora como el aroma de las flores, sacudidas por el austro abrasador! ¡Ya no hay esperauza! Su salud há ido empeorándose cada dia, cada hora, cada instante, y cuantos la ven y la asisten, están

persuadidos de que va á morir! ¡Morir, ella! ¡ella que es la vida de mi vida.... el alma de mi alma.... el sostén de mis ilusiones, de mi esperanza! ¡Morir ella que no ha vivido aún, porque la vida es el amor.... la posesion del objeto amado! ¡Dios mio, Dios mio! ¡para qué quiero vivir si ella muere? ¡Qué me queda en el mundo si ella desaparece de él? ¡Ah! si ella muere, ¡yo moriré tambien: sí, yo moriré de pena, de dolor y de afliccion!

—¡Y qué será de esta pobre anciana, si tú mueres, hijo mio?—Dijo conmovida y triste la afligida madre del artista.—¡Dices que nada te queda sobre la tierra si ella muere! ¡Y yo que te quiero tanto.... que daria la vida por tí, nada soy!

—¡Ah! ¡perdóneme vd., madre mia!—Exclamó Leopoldo levantándose y abrazando tiernamente á la anciana.—¡El dolor ha trastornado mi razon! ¡Sí; procuraré vivir para vd.... para vd. sola que es la mas buena de las madres! No soy un hijo ingrato y desnaturalizado, rebelde á los tiernos sentimientos de la naturaleza. No, madre mia....

Yo viviré para cuidar de vd.... para consolarla.... para hablar á todas horas de las virtudes de Clotilde, de su amor... de sus desgracias... y ella desde el cielo nos contemplará á entrambos, y sonreirá de placer y de alegría, y bendecirá mis cuidados, mi cariño hácia vd.

—Sí, Leopoldo, sí: las almas de los seres que nos han amado en la tierra se regocijan de las nobles acciones del sér que amaron, y sienten aumentarse los grados de su felicidad eterna al contemplarlas desde el cielo.

—Sí, sí; es cierto. Yo procuraré vivir para pensar en vd. y en ella.... Su hechicera y celestial imágen, fija siempre en mi fantasía, la reproduciré en todos los cuadros de mis vírgenes y mis santas, como lo hacia el divino Rafael con la imágen de su amada, y las lágrimas arrancadas por mis amorosos recuerdos, dulcificarán la grata pena de mi corazon.

—Pero no pensemos en la muerte de Clotilde, sino en la felicidad que algun dia debemos esperar disfrutes á su lado.

—¡Felicidad para mí!
Dijo tristemente Leopoldo.

—Cierto que sí: ¿no salvaste la vida de D. Emilio, de Inés y de Clotilde, exponiendo la tuya, al detener el coche que se hubiera estrellado contra el Portal de Mercaderes?

—¡Ah! sí: el cielo dispuso que yo pasase en aquel momento, para que no pereciese el sér, cuya muerte me hubiera costado la existencia.

—¿No te dijo el señor Landeta que anhelaba que se probase la inocencia de tu honrado padre, para unirte á Clotilde, de quien te juzgaba digno?

—Sí, madre mia.

—¿Por qué, pues, no esperar en la felicidad?

—Porque....

Leopoldo iba á expresar sus razones, pero se detuvo.

—¿Por qué recelas confiarme tus secretos. Vamos, habla: ¿cuáles son?

—Si vd. hubiese visto á Clotilde, como yo, en ese instante, pálida, triste, revelando en su rostro la terrible enfermedad que la

destruye y la mata, participaría vd., como yo, de la dolorosa conviccion de que no debo esperar ya ventura ninguna sobre la tierra, porque Clotilde está próxima á abandonarla.

—Pues yo creo que aun es tiempo de salvarla.

—¿Sí?

—Tal es mi parecer.

—¿Cómo?

—Las enfermedades del corazon se alivian fácilmente.

—Sí; cuando á ese corazon se le vuelve el consuelo, y se le permite alimentarse con la esperanza de alcanzar el bien que anhela ardientemente.

—¿Y crees tú que D. Emilio, que te dirigió consoladoras palabras para sostener la tuya, deje de animar esa misma esperanza en su amada protegida?

—Esa consideracion suele venir á calmar mi honda pena cuando me detengo en ella.

—Y es la que debes no abandonar jamás.

—Lo conozco; pero me alarma el estado

de postracion y desaliento en que se encuentra Clotilde.

—Ese estado de postracion y de desaliento sucederá bien pronto su lugar al de la alegría, la animacion y la ventura.

—¡Dios lo quiera, madre mia!

—Y lo querrá.

—¿Lo cree vd. así?

—Lo creo, porque tengo fé en la justicia divina.

—Nunca he desconfiado de ella.

—Pues entonces....

—Pero esa justicia puede estar reservada para la otra vida y haber dispuesto mi desgracia en este mundo.

—No, ella premiará, y muy pronto, tu constancia y tus padecimientos, haciendo que resplandezca sin mancha tu apellido, y devolviendo la salud á la hermosa Clotilde.

—¡Oh! la fé de vd., madre mia, reanima mi abatido espíritu.

Unos golpes dados á la puerta del estudio, interrumpió aquel diálogo.

—Han llamado, hijo mio, y voy á dejarte solo.

Dijo la bondadosa anciana alargándole la mano para despedirse.

—No sé quién pueda ser, pues á nadie esperaba á esta hora.

—Será alguno que viene á que le hagas algun cuadro. Adios.

—Adios, madre mia.

Dijo Leopoldo levantándose, y acompañando á su cariñosa madre hasta la puerta que comunicaba con las piezas interiores. Allí la besó respetuosamente la mano: la anciana se alejó enviándole una mirada de ternura, y al quedarse solo, marchó á abrir la puerta á la persona que llamaba.